

Recuerdos de mi escuela Rural

Mi memoria viaja hacia los caminos de tierra de mi querida Higuera de Rapel, donde pasé gran parte de mi infancia en la antigua Escuela G-239. Allí aprendí que la educación no era solo cuadernos y pizarras, sino también comunidad, esfuerzo y cariño. Aunque las lluvias muchas veces nos empapaban de camino al colegio, llegábamos con entusiasmo, porque sabíamos que nos esperaba no solo el aprendizaje, sino también la compañía de nuestros compañeros y profesores.

Nuestra escuela, con cursos de primero a octavo, contaba con un profesor para cada asignatura. Era un mundo pequeño, pero lleno de grandeza. Los actos del 21 de mayo y del 18 de septiembre reunían a toda la comunidad: familias enteras, vecinos, autoridades, incluso el alcalde de Monte Patria se hacía presente para compartir con nosotros. Aquellos encuentros nos recordaban que la educación rural no estaba aislada, sino acompañada por la mirada y el compromiso de quienes guiaban el destino de nuestra comuna.

Recuerdo también los cumpleaños sencillos, donde bastaba una galleta para ser felices. En los veranos, cuando nuestros padres trabajaban, la escuela se transformaba en un refugio, dándonos desayuno y almuerzo gracias a los programas de apoyo gestionados con la ayuda de la municipalidad. Esa mano extendida fue vital para muchas familias, porque no solo alimentaba nuestros cuerpos, sino también nuestras esperanzas.

El tiempo pasó y, a mis 17 años, dejé la Higuera de Rapel. Sin embargo, volví años más tarde, ya como apoderada, llevando a mi hija a la misma escuela, que ahora se llamaba Inés de Suárez. La encontré transformada, con cursos solo hasta sexto básico, pero con la misma esencia: un lugar de unión y raíces. Hoy, miro con nostalgia cómo las escuelas rurales van desapareciendo poco a poco, con salas que apenas reúnen a cuatro niños. Por eso, guardo estos recuerdos como un tesoro y agradezco el rol de la Municipalidad de Monte Patria, que siempre ha buscado mantener viva la tradición y fortalecer la identidad de nuestras comunidades. Las escuelas rurales son un patrimonio de vida. En ellas aprendimos valores que ningún celular o tecnología podrá reemplazar: la sencillez, la solidaridad y la alegría de crecer en comunidad.

Ese es mi legado y mi memoria: una infancia marcada por la escuela, la familia, la comuna y la certeza de que lo vivido en esas aulas pequeñas sigue brillando en mi corazón. Y guardo la esperanza de que nunca desaparezcan, porque esas aulas sencillas fueron, y siguen siendo, el hogar de mis recuerdos más felices en Higuera de Rapel.